

Ni la Agricultura ni el Comercio serían casi en ningún caso suficientes a establecer la felicidad de un pueblo sino entrase a su socorro la oficiosa industria; porque ni todos los individuos de un país son a propósito para desempeñar aquellas dos primeras profesiones, ni ellas pueden sólidamente establecerse, ni presentar ventajas conocidas, si este ramo vivificador no entra a dar valor a las rudas producciones de la una, y materia y pábulo a la perenne rotación del otro: cosas ambas que cuando se hallan regularmente combinadas, no dejarán jamás de acarrear la abundancia y la riqueza al pueblo que las desempeñe felizmente. Verdad es que la industria se establece por sí misma, y que sería perjudicial a un país agricultor el violentar los brazos de sus habitantes hacia este preciso ramo, pero también lo es igualmente que habiendo muchas manos que por débiles son del todo ineptas a las otras profesiones, se las debe inclinar precisamente hacia el trabajo, así porque no devoren en la ociosidad el fruto del sudor del que trabaja, como porque acrecentándose el valor a las producciones rudas de la tierra, se aumentaría con la misma proporción el capital comerciable de la provincia, y con él su riqueza permanente.

Si todo el crecido número de hombres enteramente inhabilitados al trabajo, que a sus expensas alimenta y viste el industrial en todo pueblo, se le agregan otra mayor porción de zánganos, cuyo ejercicio es solo devorar la sustancia que le han proporcionado su fuerza y sus fatigas, o no quedaría sobrante alguno en semejante sociedad para dar incremento a su agricultura, su industria y su comercio, o serían sus capitales tan mezquinos, que aun con el mayor esfuerzo no saldrían de un estado precario y miserable.

Este conocimiento íntimo á que ha conducido la experiencia en todas partes, ha obrado de tal modo para proporcionar el incremento del trabajo, apartando de la ociosidad, no solo a los brazos perezosos é indolentes, sino también a los casi, por la naturaleza ineptos para aplicar sus facultades, que con sabios reglamentos y estatutos se han procurado disminuir de toda sociedad bien arreglada, aquellos devoradores infructuosos, que por un abandono reprehensible, no solo no han propendido con su industria a aumentar el interés de la nación, sino que antes bien han absorbido una parte principal del fondo público: y han proporcionado a los otros una ocupación análoga a su miserable situación; y desde entonces ya no han sido de una funesta carga a la comunidad entretenida.

Infeliz del pueblo en el que con el trabajo de uno solo se mantienen cinco individuos por lo menos en la inacción y el abandono. Infeliz el labrador que con el único trabajo de sus brazos, sostiene y alimenta a su familia, que sin ejercicio alguno lucrativo vegeta inútilmente al abrigo de la miserable choza que labró la incesante diligencia del padre de familias; porque siempre agobiados uno y otro con el peso de la pálida indigencia, arrastrarán apenas una existencia miserable.

No creemos a la verdad que sea este precisamente el deplorable estado en que se halla nuestra feliz provincia; pero no podemos dejar de confesar que hay en ella una crecidísima porción de manos enteramente inaplicadas, ya por una consecuencia inherente a la abundancia de nuestro pingüe territorio, y ya también por falta de aquel poderoso estímulo, que anima, vivifica, y da energía a los brazos más inertes. Que se haga conocer a los unos y a los otros necesidades de otro orden que las que han conocido hasta el presente, y estamos cierto que el deseo de satisfacerlas obrará de un modo más imperioso que las leyes más severas, y los mas bien organizados reglamentos.

Por fortuna parece que va ya asomando la aurora de esta felicidad inmarcesible; ya no vemos en nuestros labradores pobres, ni en nuestros jornaleros, aquella miserable desnudez en que traían retratada su indigencia y su abandono; ya no vemos aquella casi

universal apatía aun a la más honrosa ocupación; porque el deseo de poseer y disfrutar que desconocieron antes, va arraigando profundamente en ellos, y despertando los vivísimos deseos de adquirir: situación feliz, si se sabe favorecer con oportunidad, y si por alguna de aquellas fatalidades en que suelen verse envueltos los pueblos más felices, no se contrarían tan interesantes miras, capaces por si solas de establecer perpetuamente la opulencia indestructible de nuestro afortunado territorio.